



MAREK EDELMAN

# También hubo amor en el gueto

**Galaxia Gutenberg**

*Círculo de Lectores*

© Arek Scichocki / Agencja Gazeta

**Marek Edelman** (1922-2009) se involucró desde muy joven en la lucha contra el invasor alemán y estuvo en el origen de la organización judía de lucha o ŻOB. Fue uno de los dirigentes de la sublevación del gueto de Varsovia en 1943 y un año después participó en el levantamiento de Varsovia contra el ejército alemán. Cardiólogo de profesión, nunca dejó de luchar a favor de las causas que consideraba justas. En 1976 se unió al Comité de Defensa de los Obreros y años más tarde al movimiento Solidaridad, lo que le llevó a la cárcel. En el momento de su fallecimiento, el 2 de octubre de 2009, era el último superviviente del gueto de Varsovia.

Marek Edelman encabezó la sublevación del gueto de Varsovia. Durante su larga vida fue preguntado ininidad de veces sobre sus vivencias durante esos terribles años. Pero siempre le rondaba una cuestión: ¿Por qué nadie le preguntaba si en el gueto hubo amor? ¿Por qué eso no le interesaba a nadie? Y afirmaba: «Era el amor lo que ayudaba a resistir». En este libro Marek Edelman esboza la vida de los judíos en Polonia antes de la guerra y traza retratos de vecinos y conocidos suyos en el gueto, nos cuenta cómo eran las escuelas, los hospitales, la vida en la calle, y también el terror, la lucha por la supervivencia y la dignidad, los movimientos de resistencia y finalmente la sublevación.

Una misma voluntad recorre todo el libro: salvar del olvido a muchas de las víctimas del gueto, con sus nombres y apellidos, porque, como dice Edelman, «seguramente nadie más va a evocarlas y es necesario que de ellas quede alguna huella». Y constatar las «cosas maravillosas» que allí ocurrieron, los momentos de felicidad, porque afortunadamente «también hubo amor en el gueto».



## Nota de la editora

Marek Edelman me habla del pasado desde hace más de un cuarto de siglo. También le oigo contestar a las preguntas que le plantean personas interesadas en el relato de un testigo de la historia. Y cuando se van, siempre le oigo decir: «¿Por qué nunca me pregunta nadie si en el gueto hubo amor? ¿Por qué eso no le interesa a nadie? Alguien debería hacer una película sobre el amor en el gueto. Era el amor lo que ayudaba a resistir». Por eso nuestra primera intención al escribir el texto «El amor en el gueto» era animar a algún guionista.

Con excepción de dos intervenciones públicas –la que abre y la que cierra este volumen–, los demás textos fueron gestándose entre enero y noviembre de 2008. Marek Edelman hablaba, la abajo firmante escuchaba y tomaba notas. Los capítulos «El amor en el gueto» y «Jirones de la memoria» fueron publicados por primera vez en la revista *Zeszyty Literackie* [Cuadernos de Literatura].

PAULA SAWICKA

## La maldad puede crecer

Me siento un tanto abrumado al comparecer ante ustedes para dirigirles unas palabras. Si estoy aquí es por obra de la casualidad, como probablemente lo ha sido todo a lo largo de mi vida. Probablemente el universo también sea obra de la casualidad. Y aquí, en esta sala, hay ministros, embajadores, catedráticos, diputados, directores, educadores, profesores... Detrás de ustedes están las instituciones, las organizaciones, los gobiernos e incluso los Estados. Detrás de mí no hay más que la nada. La nada donde se desvanecieron cientos de miles de personas a las que acompañé a los vagones. No tengo derecho a hablar en su nombre, porque no sé si murieron odiando o perdonando a sus verdugos. Y ya nadie nunca lo sabrá. Pero tengo la obligación de velar por que su memoria no se desvanezca. Sé que es necesario recordar a aquellas mujeres, a aquellos niños, a aquellos viejos y jóvenes que se perdieron en la nada, asesinados sin sentido y sin motivo. Sé que es necesario guardar su memoria.

En 1946, en los parisienses Jardines del Luxemburgo, me reuní con Léon Blum, a la sazón primer ministro de Francia. Hablábamos de lo que había ocurrido y Léon Blum dijo: «Esto no lo hicieron los alemanes, lo hicieron seres humanos». En aquel momento comprendí que cualquier persona puede ser capaz de cometer los actos más atroces y que debía ponerse sobre aviso a la gente. El hombre ha conseguido dominar la Tierra a fuerza de combatir y destruir todo lo que se le ponía por delante. Y hasta hoy, en

cada uno de nosotros anida esa atávica inclinación a destruir, a matar. Hay que domeñarla.

La civilización y la cultura han impuesto al hombre ciertas limitaciones, le han ayudado a frenar esta inclinación, le han enseñado a limitar sus ansias de conquista y a convivir con otras personas, han hecho buena a la gente. Pero no siempre fue así. También se dieron casos de grandes mentes y grandes talentos que se pusieron al servicio de un poder asesino. Por encargo de la ideología hitleriana de destruir a los «infrahombres», la ciencia y la erudición emplearon sus conocimientos en el perfeccionamiento de la máquina del genocidio; otros, como Leni Riefenstahl, usaron su visión artística para convertir a las personas en una masa informe de espaldas empujadas hacia los vagones. Han hecho falta muchos años para que el talento de Jolanta Dyblewska<sup>1</sup> permitiese al espectador distinguir en esa masa los rostros individualizados de padres que llevan de la mano a sus hijos, de madres que acunan en su regazo a sus bebés.

De manera que hay que velar por que la cultura fomente la bondad, no el odio. La guerra terminó y nosotros, sin embargo, seguimos sin saber hacerlo. Las mejores universidades europeas –tal es el caso de la Sorbona, radicada en el país más democrático, como es Francia– han proporcionado formación a los mayores genocidas, como Pol Pot. Esto significa que no formamos lo suficientemente bien, que el sistema de educación falla. Pues resulta mucho más fácil incitar a odiar que enseñar a amar. El odio es fácil. El amor exige esfuerzo y sacrificio.

Permitimos que en las calles de ciudades democráticas se celebren, en nombre de las libertades, desfiles de odio e intolerancia. Mala señal. Eso no es democracia; ésta no consiste en tolerar el mal, aun el más insignificante, porque el mal puede crecer en cualquier momento, sin que ni siquiera sepamos cuándo. Tenemos que enseñar en los colegios, en las guarderías y en las universidades que el mal es el mal, que el odio es un mal y que el amor es una obliga-

ción. Tenemos que combatir el mal de tal manera que aquel que lo haga entienda que no habrá piedad para él.

Intervención de Marek Edelman en la solemne sesión inaugural de la presidencia polaca de la Task Force for International Cooperation on Holocaust Education, Remembrance and Research, Varsovia, 27 de junio de 2005

---

1. Directora de cine, autora de la película documental polaco-alemana *Po-lin. Okruchy pamięci* [Po-lin. Migajas de la memoria], de 2008, en torno a la vida cotidiana de los judíos en la Polonia de entreguerras. (Excepto cuando se indica expresamente, todas las notas a pie son de la traductora.)

La escuela primaria CISZO,  
calle Karmelicka 29, esquina con Dzielna

La escuela estaba a cargo de la Organización Central Escolar Judía, en yiddish Centrale Jidysze Szul Organizacje, CISZO en sus siglas polacas. Se trataba de un organismo laico para la educación, relacionado con el Bund.<sup>1</sup> No sabría describir el edificio que lo albergaba, pero creo que era una casa de vecindad corriente, adaptada para las necesidades de una escuela. Un edificio esquinero de dos plantas. Se entraba por la calle Karmelicka. También tenía otro portal en la calle Dzielna, que daba directamente a Więzienna, una calleja angosta entre Dzielna y Pawia que corría a lo largo del muro lateral de la prisión de Pawiak.<sup>2</sup> Pero nunca se accedía por él. Lo más probable es que estuviera tapiado.

Yo estaba enfermo cuando debía haber empezado la escuela, de manera que no me incorporé hasta cuarto. Asistí a la escuela de Karmelicka durante tres años, y todo lo que sé se lo debo a aquellos tres años de formación. Más tarde, en los institutos de la Alianza y de la Unión de Comerciantes, aprendí bien poco. Tal vez con la excepción de las clases de lengua y literatura polacas que el profesor August Kreczmar me dio en el instituto de la Unión de Comerciantes.

Sólo aprendí yiddish en la escuela de Karmelicka. Antes había hablado en ruso, luego en polaco, pero allí era necesario hablar en yiddish, porque era la lengua en que se daba la mayoría de las asignaturas. También los niños hablaban entre ellos en este idioma, para mí del todo nuevo. Te-

níamos seis horas de lengua polaca a la semana, una diaria. No recuerdo quién daba las clases. Sí quién nos enseñaba yiddish: mi tutora, la señora Mendelson. Me hizo acudir a su casa para darme clases de refuerzo. Me enseñó a silabear palabras escritas en caracteres hebreos, pues yo carecía de talento para aprender aquellas letras.

Mis compañeros más cercanos hablaban judío a la perfección.

Majus Nowogródzki, hijo del secretario general del Bund, era hijo único y vivía en Nowolipie 7. Toda la planta baja de aquel edificio estaba ocupada por la imprenta, y el primer piso, por la redacción del *Folks Cajtung*. Majus vivía en el quinto. Enseguida se veía que allí vivía gente culta. Las paredes estaban cubiertas de cuadros y libros hasta el techo. Más tarde, después de la guerra, Majus me preguntó qué creía yo que había pasado con aquellos cuadros y libros. ¿Qué iba a pasar? Todo había ardido.

Allí, en el balcón de su casa, fumamos nuestros primeros pitillos. La madre de Majus, Sonia, era maestra y una figura importante en el sistema de educación judío. Yo visitaba a mi compañero muy a menudo, casi a diario. Por lo general no había nadie en casa, porque sus padres siempre estaban ocupados, así que nadie nos estorbaba a la hora de fumar. Y el patio de aquella casa –de esos patios interiores que llamamos pozos– lo recorríamos con su bicicleta, pues Majus tenía una, pero para eso tampoco tenía yo talento, de manera que nunca aprendí a montar.

En septiembre de 1939, Majus y su padre, como la mayoría de los varones, abandonaron Varsovia. Huían en dirección este y, gracias a los cónsules japonés y holandés en Kaunas, Sugihara y Zwartendijk, acabaron recalando en Estados Unidos a través de Vilna y Japón. El padre de Majus logró incluso llevarse parte de los documentos del partido, los cuales le servirían más tarde para escribir su libro dedicado a la historia del Bund en la Polonia de entreguerras. Lástima que de los tres volúmenes proyectados sólo escri-

biese el primero. En Estados Unidos, Majus cursó estudios universitarios y acabó convirtiéndose en un destacado especialista en programas espaciales. Su madre se había quedado en Varsovia. En el gueto ocupó la vicepresidencia de Centos, la red de hogares para niños encabezada por Sza-chne Sagan. Organizaban toda la ayuda para los niños: cocinas, comedores, aulas... La vi unas cuantas veces en el gueto, la última entre la multitud conducida a empujones al Umschlagplatz,<sup>3</sup> un veintitantos de julio. Siempre llevaba sombrero, y al Umschlagplatz también fue cubierta con uno.

Janek Goldsztajn tampoco tenía hermanos. Era hijo de Bernard Goldsztajn, fundador y jefe de la milicia del Bund. La madre de Janek, Lucja, era una mujer de extraordinaria belleza, alta, de pelo oscuro. En realidad no me acuerdo de su aspecto, pero sí de que era hermosísima. ¿A qué se dedicaba? Quizá fuera modista. Pero no estoy seguro, no me acuerdo. Janek vivía en Nowolipie 12. Yo solía visitar aquella casa también durante la guerra, cuando ya existía el gueto, porque el padre de Janek, Bernard, seguía viviendo allí. Janek era endiabladamente inteligente y hablaba en judío como nadie. No sé cómo lo había aprendido, pues su padre no hablaba bien ninguna lengua; se comunicaba empleando una suerte de volapük propio. Por lo general Janek no salía de casa; rara vez acudía a la escuela, le daba pereza, y su actividad principal consistía en dormir. Ingresó en el instituto Ascola. Todo el mundo le decía que no aprobaría el examen final del bachillerato superior, como un montón de otras cosas que también me decían a mí, y sin embargo lo aprobó con sobresaliente. Cuando estalló la guerra, Janek y su madre partieron de viaje con un visado japonés del cónsul Chiune Sugihara. La madre acabó reca-lando en América del Sur, mientras que él se quedó en el Japón, donde ocupó el puesto de director de una gran empresa.

Rubin Lifszyc tenía una hermana menor. Su padre era un dentista muy solicitado. También visitábamos a Rubin en su casa, aunque no muy a menudo, porque siempre estaba repleta de pacientes. Su madre, Estusia, era amiga de la mía; ambas pertenecían a la JAF, la organización judía femenina, por supuesto del Bund. Después de morir mi madre, Estusia se encargó de mí y de todos mis asuntos; lo arreglaba todo en el instituto de la Unión de Comerciantes, pagaba la matrícula, iba a ver a los profesores cuando hacía falta; en una palabra, velaba por mí. Y es que cuando yo todavía estudiaba en la Alianza, mi madre aún estaba viva y era ella quien se había encargado de todas estas cosas. En aquella casa también vivía el aya de Rubin. Tanto él como su padre, seguramente acompañados por su hermana, huyeron asimismo de los alemanes rumbo al este. De una u otra manera, Rubin llegó al Canadá, donde se especializó en navegación aérea y luchó en la guerra como piloto. Murió al día siguiente del armisticio, en su último vuelo entre Londres y Bruselas. Se decía que su avión había caído al mar.

Josef Fizman también vivía, creo, en Nowolipie. Hoy no estoy seguro de ello, porque no solía ir a su casa. Tampoco recuerdo a sus padres. Durante la guerra, Josef no estaba en el gueto, quizá ni tan siquiera en Polonia. No sé cuál había sido su paradero, pero reapareció después de la guerra. Trabajaba en la ONU, aunque no como ciudadano polaco. Se encargaba de organizar la formación agraria.

Josef Zygielbojm era hijo de Szmul Zygielbojm. Vivía con su madre. Su padre vivía en Łódź, donde ya por entonces tenía una nueva esposa. Josef abandonó Varsovia en septiembre y, como Majus acabó recalando en Estados Unidos a través del Japón.

Eran mis amigos más íntimos. Juntos fundamos el Firazimopé –¡imprescindible acentuarlo así, en la última sílaba!–, nuestro particular partido infantil. Su nombre se componía de las sílabas y letras de nuestros apellidos. Pero hoy ya no soy capaz de descifrarlo. Majus tenía una bicicleta, así que

el Firazimopé disponía de un vehículo con que desplazarse por el patio. Majus, Janek, Rubin y yo constituíamos el tronco del partido, su núcleo más importante. Y es que dentro existía una jerarquía, por lo que Josefe Fiszman y Josefe Zygielbojm no siempre tenían acceso a todos los secretos.

También estaban en nuestra clase Hendusia Himelfarb y su hermano gemelo. Más tarde, Hendusia trabajó en el sanatorio Medem, desde donde fue a los vagones con los niños; su hermano, que había huido al este, murió de tifus en el Lvov ocupado por los rusos. A lo mejor no fue exactamente así, pero así es como lo recuerdo. Vivían en la calle Twarda.

En la misma escuela, aunque en un curso inferior, estaba Włoddek Bergner. Lo recuerdo más de los campamentos del SKIF<sup>4</sup> que de la escuela, porque tenía una trompeta con la que tocaba todo lo que se suele tocar con la trompeta en los campamentos: diana, retreta, alarma... Más o menos dos años antes de la guerra, Włoddek se marchó a Australia. Finalmente, acabó en Israel, con una esposa australiana, pintora como él. Hoy en día sigue en Israel, donde es un pintor de éxito.

El Firazimopé siguió reuniéndose incluso cuando hubimos terminado la primaria y cada cual iba a otro instituto.

Convinimos en reunirnos el primer sábado del mes siguiente al fin de la guerra junto al reloj en la esquina de Leszno y Przejazd. No teníamos ni la más remota idea de cómo iba a ser esa guerra. Ahora me doy cuenta de que no solamente nosotros, los jóvenes, carecíamos de la imaginación suficiente para concebir esa guerra y el futuro. Los adultos, gente seria, tampoco la tenían. Veamos: ¿qué hicieron muchas familias cuando estalló? Separarse. Dejaban a alguien en casa, por lo general a la mujer, mientras que los varones huían con sus hijos rumbo al este. A lo mejor consideraban que las mujeres estarían más seguras, que sobrevivirían a la guerra velando por las casas y demás bienes, y que sólo los hombres corrían peligro.

Estalló la guerra y me quedé solo. Mis compañeros se habían marchado. En la escuela de Karmelicka, desierta, encontré un ciclostil. Más tarde se organizaría allí un comedor para niños y se proporcionaría enseñanza clandestina. Una vez delimitado el gueto, yo vivía en la calle Dzielna, cerca de la escuela. Debí de pasar por delante de ella muchas veces, pero nunca me pregunté qué ocurría en su interior.

---

1. Abreviatura por la que es habitualmente conocida la *Algemejner Jidiszer Arbetersbund in Lite, Pobjn un Rusland* [Unión General de Trabajadores Judíos de Lituania, Polonia y Rusia], partido judío de ideología marxista, laico y antisionista.

Todas las palabras en yiddish se conservan en su grafía polaca.

2. Durante la ocupación nazi, prisión de la Gestapo destinada principalmente a presos políticos polacos.
3. Nombre de la plaza del gueto de Varsovia de donde partían los convoyes de deportación de los judíos.
4. Siglas de *Socjalistischer Kinder-Farband*, brazo infantil y juvenil del Bund.

